

EUROPA EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE SAAVEDRA FAJARDO

Por *Teresa Cid Vázquez*

Profesora de Historia del Pensamiento Político
de la Universidad CEU-San Pablo de Madrid

Juzgado vos, Señor, cuál fue mayor valor:
luchar con los que no podían dejar de vencer,
o luchar con los que no podían dejar de ser vencidos

QUEVEDO, Carta a Luis XIII

1. EL PERSONAJE: DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

a) Etapa salmantina

Diego de Saavedra Fajardo, insigne diplomático y elegante escritor, nace bajo el reinado de Felipe II en Algezares, Murcia (c. 1 de mayo de 1584¹). Su familia provenía de los más antiguos e ilustres linajes gallegos, lo que según la voz popular le aseguraba buenas condiciones para diplomático². En el 1600 –a los dieciséis años de edad– ingresa en la Universidad de Salamanca para estudiar Cánones y Leyes, y se gradúa como bachiller en el 1606; aunque no existe prueba de que obtuviera otros grados académicos, en

¹ Cf. A. QUENTÍN VAQUERO, «Diego de Saavedra Fajardo», en ID. et al., *Diccionario de Historia eclesiástica de España*, t. IV, CSIC, Madrid 1975, 2125- 2130; G. DÍAZ DÍAZ, «Diego de Saavedra Fajardo», en ID., *Hombres y documentos de la Filosofía española*, vol. 7, CSIC, Madrid 2003, 3-10.

² Cf. M. FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 1998, 23; (con motivo del trescientos cincuenta aniversario de la Paz de Westfalia, el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales reeditó la obra de M. Fraga Iribarne, *Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, Ministerio de Asuntos Exteriores-Academia Alfonso X el Sabio, Murcia 1955).

algunos documentos de su vida posterior ostenta el título de licenciado en leyes. Durante estos años recibe, además, las órdenes eclesiásticas menores, ya que la primera idea debió de ser dedicarlo a la carrera eclesiástica; lo más probable es que no llegase a tomar órdenes mayores, si bien el punto es controvertido. Simultáneamente con estos estudios, cultiva las letras latinas, afición que fomentará con gran éxito durante toda su vida.

Finalizados sus estudios, la vida de Saavedra se divide en dos etapas bien diferenciadas: la etapa romana, dedicada a la alta política eclesiástica, y la etapa centroeuropea, dedicada a la política internacional durante la guerra de los Treinta Años. Se dedicará con todo su esfuerzo a ser diplomático, es la vocación que se refleja en su vida y en su obra, Saavedra es sobre todo un diplomático, un político, más que jurista³. Vamos, pues, a investigar la vida y la obra de un diplomático⁴ formado en un constante peregrinar por toda Europa, que se ocupó de los asuntos más importantes de la Monarquía española en el cenit de su grandeza y en el punto en el que se iniciaba su caída.

b) Etapa romana

A los 24 años de edad abandona Salamanca para ir a Roma e iniciarse en el gran mundo de la política europea del siglo XVII. Se inició en su carrera política en los asuntos de Italia, cuna de la diplomacia y la política internacional, no cabía mejor aprendizaje. Allí llegó hacia 1612 nuestro personaje, como familiar y secretario de la cifra del cardenal Gaspar de Borja y Velasco —bisnieto de san Francisco de Borja—, embajador de España ante la Santa Sede. Entre 1616 y 1619 es Secretario de la Embajada y de Cifra en Roma, mientras el cardenal Borja era el embajador interino.

Cuando Borja se convierte en Virrey de Nápoles, Saavedra le acompaña para desempeñar el cargo de Secretario de Estado y de guerra. En 1621 participa en el cónclave en el que se elige Papa a Gregorio XV y en 1623 participa también

³ Cf. M. FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 25; J.M. Jover en su magnífica obra, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid 1949, 235.

⁴ Desde fines del siglo XV, la diplomacia pasa a ser el modo normal de relacionarse los Estados; es decir, las nuevas unidades políticas que se construyen sobre los ruinosos edificios de la Cristiandad y el Imperio. Los diplomáticos actúan no solo en nombre de una casa reinante sino de un Estado. La idea de soberanía está en la base de la nueva estructura internacional, y por lo mismo la necesidad de recurrir a medios políticos para resolver los problemas internacionales que ya no cabe someter a instancias superiores. Ello da lugar a una especialización en estas difíciles gestiones, a las que se atribuye la máxima importancia, pues pocos dudan del axioma de Maquiavelo, del primado de la política exterior: «Sempre staranno ferme le cose di dentro, quando stieno ferme quelli di fuor». Cf. M., FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 27.

en la elección del Papa Urbano VIII⁵. Después de esa fecha recorre Europa en misiones diplomáticas. En 1632 ingresa de nuevo en la embajada de la Corona, en Italia, para trabajar nuevamente con el cardenal Borja.

Roma no era solamente la cabeza de la Cristiandad, sino un centro político de primera magnitud, sobre todo para España, que tenía intereses políticos fundamentales en Italia. El español del siglo XVII no consideraba los asuntos de Italia como exteriores, sino del mismo rango que los de Portugal o Cataluña. Por eso España tenía especial interés en mantener allí el *statu quo*, y sobre todo un máximo prestigio. Allí pasó veinte años de formidable aprendizaje nuestro Saavedra, saliendo un maduro y consumado político y diplomático, que por cierto usará en adelante el italiano como lengua diplomática⁶.

Asciende poco a poco en el servicio del rey, desempeñando encargos diplomáticos cada vez más importantes. Sabemos que llegó a conocer al dedillo los secretos de la diplomacia italiana, a la que dedicó más tarde un libro que iba a titularse *Guerras y movimientos de Italia de cuarenta años a esta parte*, que desgraciadamente no parece que llegase a publicarse y el manuscrito no ha aparecido hasta la fecha⁷.

En 1633 se piensa en enviarlo a Alemania, donde los asuntos están en un punto crítico: él mismo había aconsejado la conveniencia de enviar un embajador permanente a Múnich, cerca del duque de Baviera, la principal figura de la Liga católica. Saavedra pasaba a ser jefe de misión; es decir, a actuar por su cuenta en un puesto difícil.

Abandona definitivamente Italia dando por concluida su larga estancia romana para dedicarse a resolver como embajador cerca del Duque de Baviera otros asuntos más delicados en las regiones centroeuropeas. Sabemos que su

⁵ El cardenal Mateo Barberini, Papa con el nombre de Urbano VIII, sería una figura central en la gran política europea de su tiempo. Intentó mantener un cierto equilibrio entre las dos grandes potencias católicas, España y Francia, y realizó grandes esfuerzos para su reconciliación, pero en la práctica fue favorable a Francia. Hasta el momento del estallido de la paciencia española, cuando el cardenal Borja solicitó, para ayuda de los tremendos gastos de Alemania, la *media annata* en todos sus reinos y la Bula de Cruzada en Nápoles. El Papa se negó, y solo después de muchas dificultades otorgó seiscientos mil ducados bajo el control del nuncio. Borja protestó en una violenta eacena que tuvo lugar en pleno Consistorio de cardenales, el 8 de marzo de 1632. Planteó la tesis española en toda su crudeza: frente a la ofensiva general contra el catolicismo, solo España está en su sitio, y ni en Roma encuentra apoyo. No es fácil saber cuál fue la intervención personal de Saavedra en estos y otros sucesos de la política italiana mientras estuvo allí. A pesar de su gran personalidad, allí estuvo en puestos que todavía no eran de primer actor. Sabemos que Saavedra hizo cuanto pudo por reconciliar a Borja con el Papa, dándose cuenta de que sin esto era imposible el progreso de las relaciones, y que a la larga el fracaso del cardenal no podía sino perjudicarle a él mismo, su principal consejero. Cf. M. FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 144-162.

⁶ Cf. *ib.*, 143.

⁷ Cf. *ib.*, 157.

partida de Roma fue muy comentada. Desde Múnich, Saavedra será a la vez un embajador cerca de Baviera y la Liga, y cerca de los Cantones Suizos; será un delegado del poder central en el Franco Condado; intervendrá en asuntos militares y políticos en toda la zona renana y, de vez en cuando en la Italia del norte; intervendrá en los asuntos de Alemania. El aprendizaje (no lento pero sí largo) había terminado, y Saavedra, a punto de cumplir cincuenta años, pasa a figurar en la historia diplomática con nombre propio.

c) *Etapa centroeuropea*

Esta segunda etapa de trece años se inicia en julio de 1633, se subdivide en dos tiempos: el primero, de siete años, como representante español ante el duque de Baviera; y el segundo, de activo diplomático en el Imperio, especialmente como plenipotenciario para la paz de Múnster, para terminar con el colofón de consejero de Indias en Madrid. A principios del siglo XVII Baviera era uno de los más importantes Estados del Imperio alemán; su capital, Múnich (Mónaco, suele latinizar Saavedra como la mayoría de sus contemporáneos), agrupaba cerca de 100.000 habitantes; el Duque Maximiliano I que se había consagrado con ardor a la tarea de la Contrarreforma católica, la adornó con magníficos edificios y grandes jardines.

La misión de Saavedra ante el duque Maximiliano de Baviera formaba parte de un vasto plan de acción diplomática y militar de España, que perseguía asegurar el control de los dominios de la casa de Austria y del Imperio frente a los ataques de los suecos, holandeses, franceses y de sus aliados protestantes en el Imperio. Los enemigos de los Habsburgo eran Francia, los holandeses y los suecos, sin embargo, el peligro más grave no estaba en los enemigos exteriores, sino en la desunión que reinaba dentro del Imperio entre los principales rectores de la política imperial. A finales de 1636, Saavedra asiste al convento electoral que designó Rey de Romanos al Rey de Hungría, más tarde Emperador de Alemania, como Fernando III; el cual tuvo lugar en Ratisbona el 18 de diciembre de 1636.

Desde Ratisbona escribe Saavedra su admirable *Discurso sobre el estado presente de Europa*, una verdadera pieza maestra del frío y exacto juicio de nuestro diplomático. A su juicio, la elección del Rey de Romanos no basta para «la salud de las enfermedades de Europa». Considera un grave error del Imperio el hacer una guerra defensiva contra Francia, en lugar de aprovechar la ocasión para sacar de Alemania el germen de la guerra civil; respecto a la ayuda que recibe de España, afirma que quieren el dinero y no la autoridad y el consejo. Hace un tremendo vaticinio: los reinos están agotados en hombres

y dinero, y en los esfuerzos para sacarlo podría peligrar la fidelidad de los vasallos⁸.

El 13 de septiembre de 1640 es nombrado embajador plenipotenciario del Rey Felipe IV, por el Círculo de Borgoña, para la Dieta imperial de Ratisbona, cargo que solo se había confiado antes a Grandes de España o a príncipes del Toisón. Mientras en la Dieta se ocupa de los problemas políticos, militares y tributarios del Imperio, fuera de ella se dedica en las horas libres a la corrección de pruebas de imprenta de su obra maestra, *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas*, más conocida como *Empresas políticas*.

El autor, maduro diplomático, a la altura de sus cincuenta y seis años, traza allí una acertada etopeya propia para justificar su atrevimiento de «dar preceptos a los príncipes». Es un tratado que abarca lo real y lo ideal como indican los adjetivos del título; se retrata a sí mismo, nos habla un hombre español y europeo, tradicional y renovador, humanista y moderno, idealista y realista. Dedicó la obra al príncipe Baltasar Carlos, que con su muerte, seis años más tarde, había de torcer el destino de España. Estando en la Dieta le llegó el título de Caballero de la Orden de Santiago ((12-10-1640), pero ya era tarde para ponerlo en la portada de la primera edición, Munich 1640. Figurará en la segunda de Milán, 1642.

En 1643 adquiere la plaza de Consejero de Indias, cargo para el que había sido nombrado en 1635⁹. Poco tiempo tuvo Saavedra de ejercer su plaza de Consejero de Indias. La primavera trajo varias malas noticias, sobre todo la fatal de la derrota de Rocroy¹⁰. Había que pensar en la paz. Y se decidió enviar una delegación a los Congresos de Westfalia. Saavedra estaba indicadísimo para ello, por su larga experiencia en Italia y Alemania, y así fue designado. El 11 de marzo de 1643 es nombrado, una vez más, embajador plenipotenciario para negociar la paz de Westfalia en Múnster. Pese a sus esfuerzos el empeño fue estéril en resultados decisivos, a causa de las constantes trabas que se ponían a su negociación desde Madrid. Desde esta fecha hasta su vuelta a Madrid en 1646 corren los cuatro años más tristes de la vida de don Diego, reflejo de aquel lento atardecer de España.

⁸ Fue lo que desgraciadamente ocurrió con Portugal y Cataluña.

⁹ No deja de ser irónico que Saavedra, preocupado por la despoblación, que explícitamente había achacado varios de los males de España al esfuerzo de la colonización americana (véanse *Empresas* 66, 69), y cuya experiencia era exclusivamente europea, fuese destinado al Consejo de Indias.

¹⁰ La primera derrota militar de España, fue más que un desastre, fue la aniquilación de lo mejor que le quedaba a España, la fiel infantería (su fuerza, según Saavedra): «a pesar del heroísmo que mostraron, o precisamente debido a ese heroísmo fueron casi aniquiladas». Cf. M. FRAGA IRIARÁN, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 136.

La idea de resolver las complejas cuestiones que dividían a Europa por medio de un Congreso diplomático, surgió muy pronto y se fue afirmando a medida que la guerra se iba extendiendo como una mancha de aceite y cada nueva victoria o derrota creaba nuevas complicaciones. El Papa había mantenido una constante política de pacificación entre los príncipes católicos. Lo malo fue que la astucia de Richelieu supo volver todos estos intentos en provecho propio y a favor de su propia preparación de la guerra. Poco antes de estallar esta, el Papa redobló sus esfuerzos para evitarla, proponiendo en 1634 un Congreso en Roma bajo su mediación; pero como esto excluía a los herejes (que a su vez estaban aliados con Francia), se pasó a la idea de celebrar dos Congresos simultáneos: uno para católicos y otro para los protestantes.

Pero la nueva guerra estalló en mayo de 1635. Entretanto ocurrieron gravísimos sucesos: el 4 de diciembre de 1642 muere Richelieu y poco después Luis XIII, y Olivares es separado del Gobierno. Entretanto se van poniendo las bases de un Congreso internacional general para la paz universal, como se decía. Se designaron las ciudades de Münster (donde residió y trabajó Saavedra) y Osnabrück, en el círculo imperial de Westfalia, para las reuniones que se llevarían a cabo, protestantes y católicos por separado. Los franceses dieron una nota especial de ostentación y lujo; pronto llegó a haber, por la natural emulación, cien carrozas de a seis caballos en una pequeña ciudad como Münster, cuyas calles eran estrechas y estaban mal pavimentadas. Realmente fue un enorme acontecimiento para las pequeñas ciudades de Westfalia el gran Congreso europeo.

Saavedra sabía que estaba allí para dar fe de la terminación del Imperio español en Europa y de la unidad de la Cristiandad. Sus compañeros de delegación le dieron no pocos disgustos, y con los mediadores también tuvo sus conflictos. Se queja de las largas visitas de los franceses a la casa del Nuncio Chigi, y le reprochaba su parcialidad a favor de los franceses, la misma que había reprochado siempre a Urbano VIII y su curia. No le faltaba razón, por lo que ocurrió al fallecer el Pontífice y ser sustituido por Inocencio X, gran amigo de la Casa de Austria. Los Barberini, expulsados de Roma, se refugian en Francia. España deseaba el relevo de Chigi, pero Mazarino utilizó todas sus relaciones en la Curia Romana para evitarlo. Chigi, debidamente amonestado, mostró una mayor imparcialidad. Lo cierto es que mientras en Roma las cosas mejoraron mucho para España —ya que el nuevo Papa (cuyo espléndido retrato pintó por entonces Velázquez), que no sentía la menor simpatía por Mazarino, los franceses empezaron a sentirse incómodos con la nueva situación en Münster. Y acusan a Saavedra de intentar disolverlo o hacerlo inútil.

Que Saavedra era opuesto a los Congresos de Westfalia, por lo menos desde

que vio el uso que los franceses deseaban hacer de los mismos, es indudable¹¹; y así nos ha dejado su testimonio en *Locuras de Europa* (diálogo entre Mercurio y Luciano, que no se publicó hasta después de su muerte). Allí, después de describir la confusión y sufrimientos de Europa, y en particular del Imperio, hace decir a Mercurio, asombrado por lo que ve en la tierra:

«Lo que más me ha admirado es que para remedio de males tan graves se señalasen por Congreso a Múnster y Osnabrük, lugares dispuestos por su situación y vecindad a fomentar las discordias en Alemania y disponer la guerra; que los mismos enemigos extranjeros convocasen con sus cartas a los Príncipes y Estados del Imperio a venir con ellos, contras sus antiguas constituciones y loables estilos y que les obedeciesen sin conocer el artificio de sus promesas y la falsedad de sus pretextos; los cuáles eran de unir el Imperio, y los juntaban par desunirlo; de quitar gravámenes, y al mismo tiempo los hacían mayores; de ponerlos en libertad, y era por servidumbre; de hacer la paz, y ninguna cosa más opuesta a ella. ¿Quién jamás vio en provincia que padece guerras civiles reducir en un lugar las cabezas de ellas, desunidas entre sí en religión, en parcialidades e intereses, y para tratar con los mismos extranjeros que fomentaron las sediciones y las sustentan con sus armas para dominar a unos y otros? [...] Desde allí se trata de levantar levás, se envían embajadores con instrucciones a Holanda, Dinamarca, Suecia, Polonia y Constantinopla, para que todos pongan fuego a Europa. *La paz anda en las bocas, y la guerra en los corazones y en las plumas*. Todo es hipocresía, fingiendo desear el sosiego público los que tratan de turbarlo, entreteniéndolo los tratados para prescribir lo usurpado, valiéndose del pretexto de que los Estados no concuerdan entre sí, siendo ellos los que fomentan su división»¹².

Con los imperiales también surgieron problemas, que acabaron por ser tan serios que fueron los que debieron de dar lugar al relevo de Saavedra. Lo cierto es que Saavedra acabó disgustándose gravemente con ellos al ver que cada vez iban dejando más sola a España, y previendo que esto solo podía terminar, como efectivamente ocurrió en 1648, con una paz separada con Francia; y los plenipotenciarios alemanes se quejaron gravemente al Emperador, quien pidió a Madrid el relevo de Saavedra. A Saavedra, hecho a todas las ingratitudes, le dolía particularmente ésta de Alemania, y describe en este dramático pasaje de las *Empresas*:

«Compadecida España de los males del Imperio, le ha asistido con su sangre y sus tesoros, de donde le han resultado las invasiones que Francia ha

¹¹ Cf. *ib.*, 351.

¹² D. SAAVEDRA FAJARDO, *Locuras de Europa*, en A. GONZÁLEZ PALENCIA (ed.), *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1946, 1199-1200.

hecho en Italia, Flandes, Borgoña y España, y habiendo hoy caído sobre la Monarquía toda la guerra, no lo reconocen algunos en Alemania, ni aun piensan que ha sido por su causa» (*Empresa* 47).

Si la vida de Saavedra fue siempre unida a la existencia de aquella España contrarreformista, en ningún momento se identificó tanto con ella como en los últimos años de su vida. En 1646 regresa a Madrid y, sin haber conseguido la ansiada paz, se convierte en introductor de embajadores. En 1647 ocupa una plaza vacante en el Consejo de la Cámara, órgano perteneciente al Consejo de Indias.

Fallece a los 64 años de edad en el Hospital de los Portugueses, en la villa de Madrid, el 24 de agosto de 1648¹³, unos meses antes de la Paz de Westfalia, y once años antes del Tratado de los Pirineos. El mismo año de su muerte, 1648, coincide, para mayor simbolismo, con el de la paz de Westfalia, que marca el final de la hegemonía española en Europa y el cambio de rumbo hacia la modernidad. La posteridad no le negaría la gloria, triste, sí, y opaca, de los vencidos, pero noble, del que cumplió con un deber difícil; y a su vez podría tener el orgullo intelectual de haber previsto certeramente los males por sus causas.

2. EL ESCENARIO INTERNACIONAL EN LA EUROPA DEL SIGLO XVII

El gran drama que veremos palpar en toda la vida de Saavedra y en su diplomacia es éste: Europa deja de ser la Iglesia; la política se independiza de la religión; se hacen los últimos esfuerzos por evitarlo, y a España le corresponde la mayor parte de la tarea, pero, a su vez, ha de realizarla por medios políticos. En este drama participan como personajes todos los pueblos de Europa y sus gobiernos.

Es el drama del barroco, el último esfuerzo por lograr la integración religiosa, cultural, política de un mundo al que múltiples esfuerzos lanzan a la dispersión¹⁴. Esfuerzo fracasado al menos en el plano histórico. Los países donde más arraigó el barroco (España, Bélgica, Polonia), son, como se ha observado, países de un destino trágico. Eso sí, aceptado consciente y meritoriamente, y lu-

¹³ Recibió sepultura en el convento de Agustinos Recoletos de Madrid, hoy Biblioteca Nacional de España. Su tumba fue profanada por los franceses en la guerra de la Independencia; en 1836 sus restos pasaron a la iglesia de san Isidro, de Madrid; y de allí a la catedral de Murcia, en 1884.

¹⁴ «El barroco conoce todavía el derecho mejor, la buena conciencia. Es un Renacimiento del gótico, una protesta vibrante contra las innovaciones prometeicas [...] el barroco es el gótico consciente» (W. SCHUBART, *Europa y el alma de Oriente*, Studium de Cultura, Madrid 1946, 66-67).

chando contra toda esperanza. Ese destino trágico resplandece sobre la vida y obra de Saavedra, cifra y compendio de lo barroco.

Veamos la doble acción del drama en el que Saavedra fue personaje. De una parte, el paso de la Europa cristiana a la Europa secularizada; de otra, la lucha entre España y Francia por la hegemonía política. Los tres personajes principales del drama serán Francia, España y Alemania. Le toca vivir y operar en el nudo mismo del drama: la guerra de los Treinta Años, que irá siendo cada vez menos religiosa y cada vez más política, al final, las últimas supervivencias de la Edad Media habrán desaparecido y el Imperio, definitivamente relegado a una fórmula histórica. Y queda abierta la lucha incesante de los unos por la hegemonía, de los otros por el equilibrio, la típica situación de la moderna política internacional.

a) Alemania

La expresión Alemania resulta imprecisa ya que Alemania designa un concepto racial e idiomático y, desde un punto de vista jurídico-político, no coincide con el del Sacro Romano Imperio Germánico, fundado por Carlomagno como Imperio Romano de Occidente, vinculado desde la división de sus dominios, a la rama germánica.

La paz de Augsburgo (1555) atribuye a los príncipes protestantes la supremacía religiosa en virtud del principio *cuius regio, eius religio*. Es la consolidación del protestantismo y de los Estados territoriales a la vez y el triunfo de los príncipes con la Reforma. En lo demás fue un fracaso, pues su objetivo principal era fijar el *statu quo* como base para un equilibrio entre los dos bandos, católicos y protestantes. Poco a poco los dos bandos se fueron organizando de nuevo para la lucha. Como el poder imperial era incapaz de mediar, se vuelve a la situación que precedió a la Paz de Augsburgo, de dos alianzas militares, la Liga protestante, y la Liga imperial que Carlos V intentó organizar y que fracasó principalmente por la resistencia de Baviera.

En 1608 se forma la Unión Evangélica en la que por primera vez aparecen unidos luteranos y calvinistas, desde el primer momento solicita la ayuda de Francia, Holanda e Inglaterra. A su vez, los católicos organizan la Liga por iniciativa de Baviera, España les prometió ayuda desde el primer momento.

El resultado fue para Alemania, la tremenda catástrofe de la guerra de los Treinta Años, en la cual, a su vez, toda Europa planteó su propio conflicto. Y en esta grave coyuntura le incumbió a Saavedra, embajador de Baviera, cabeza de la Liga católica, vivir sus más decididos y fecundos años.

b) Francia

Así como Alemania es el gran sujeto pasivo de la reorganización política de la Europa del siglo XVII, a Francia le corresponde el papel más activo en la dirección de los acontecimientos, dirigida por la mente genial, fría y sagaz de Richelieu. La lucha por la hegemonía europea, que en el siglo XVI se decide a favor de España, en los campos de Italia, se va a resolver ahora a favor de Francia en las tierras germánicas.

Luis XIII era un niño débil y enfermo; en ese momento surge la figura de Richelieu, que destaca como orador del brazo eclesiástico en los Estados Generales de 1615, logra la confianza de la Regente María de Médicis. Desde el primer momento, Richelieu, singular mezcla de militar, eclesiástico y diplomático, fue un *catholique d'État*, un *Cardinal d'État* o un maquiavelista religioso. En política interior solo exigió la sumisión política, en lo exterior, el Cardenal de la Iglesia Romana no vacila en admitir que una cosa son los intereses de Estado que ligan a los príncipes y otra los intereses de la salvación de las almas. Desde su incorporación al gobierno emprende la ofensiva contra la Casa de Austria en sus dos ramas de España y Alemania. Con razón —dice— los españoles temen las fuerzas de una Francia unida. Veinte millones de personas tiene Francia, y España, los Estados del rey en Italia y todos los españoles dispersos en las Indias, no llegan a sumar los dos tercios de esos veinte millones. Richelieu conocía esta superioridad demográfica y económica y no desmayó en descargar golpe tras golpe contra un enemigo formidable, pero al que no dudaba en que acabaría por vencer.

Richelieu se lanza abiertamente a la ofensiva exterior, así arranca la decidida y continuada política exterior que Francia llevará hasta hacerla triunfar en las paces de Westfalia (1648) y los Pirineos (1659). Al morir con escaso intervalo, Luis XIII y Richelieu, lo esencial estaba logrado, y unos meses después lo consolidará la batalla de Rocroy. Las últimas palabras que escribió en su lecho de muerte se refieren a que el “el rosario de España” estaba roto, y con él, el de la unidad religiosa de Europa, y era un cardenal el que lo había destrozado.

Belloc recuerda las palabras del Papa Urbano VIII al morir Richelieu: «Si hay un Dios, el cardenal Richelieu tendrá bastante de qué darle cuenta; si no lo hay, ¡qué vida de triunfos la suya!»¹⁵. Logró sus grandes objetivos: destruir la hegemonía de España y el Imperio, neutralizando a la vez la de Suecia, que pudiera haber reemplazado a la última en Europa central. Buena parte de estos triunfos eran el fruto de los tiempos, pero no se puede menos de admirar la estupenda técnica política, y en particular diplomática de Richelieu. Con razón

¹⁵Cf. M., FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 79.

puede decir Burckhardt que Richelieu dio a Francia un *método* político, comparable al filosófico de Descartes, y de él arranca un clasicismo francés, frente al barroco español¹⁶.

Richelieu fue un verdadero genio del arte de la diplomacia, negociaba constantemente; en su famoso *Testamento político*, escribe: «Me atrevo a decir con audacia: negociar sin cesar ni vacilar, en todas partes, aunque no se obtenga de ello un fruto presente y aunque el que se pueda esperar del porvenir no sea claro, es una cosa absolutamente necesaria». Respaldó su diplomacia con una formidable organización de propaganda, en la que figuraron hombres de la categoría del Padre José (la famosa eminencia gris), entre otros. Es interesante subrayarlo porque Saavedra intentó algo semejante en el bando contrario.

No hace falta decir que Saavedra no sintió especial entusiasmo, ni por los franceses en general, ni mucho menos por el gran antagonista de todo lo que él y España representaban y defendían. Francia es a su juicio responsable del caos europeo, acusa a Richelieu de embarcar a Francia en peligrosas aventuras para aumentar su propio poder. Le reprocha sus alianzas con infieles y herejes (*Empresa* 93), pero Saavedra no duda en que el castigo vendrá un día: «Pelearán franceses contra franceses, el amigo contra el amigo, el hermano contra el hermano, la ciudad contra la ciudad y el reino contra el reino; con que será sangriento teatro de la guerra quien la provocó a las demás provincias» (*Empresa* 75).

c) *La España de Saavedra Fajardo*

Intentemos ahora cerrar el cuadro del horizonte vital de don Diego, diplomático español, hablando de España. España era el centro del Imperio más grande del globo, en cuyos dominios no se ponía el sol. Pero su mismo tamaño se estaba volviendo pesadumbre cuando Saavedra empezó a actuar. Un Imperio disperso por todo el mundo exigía una total supremacía marítima, pero ese poderío quedó agotado después de los grandes esfuerzos de Lepanto (1571) y *La Invencible* (1588). El intento de compensar la pérdida de la hegemonía naval con un *rosario* de posiciones continentales, nos llevó al choque definitivo con Francia. El resultado final es el desastre, decidido en los trágicos años 1641-1643.

Una esquematización de las generaciones en esa época sería la siguiente: a) los nacidos bajo la égida imperial, impulso heroico y principio de desengaño: Fray Luis de León, Cervantes, Suárez, etc.; b) los que llegan a la acción cuando se inicia el descenso (Paz de Vervins 1598): Góngora, Lope de Vega; c) la ge-

¹⁶ Cf. C. J. BURCKHARDT, *Richelieu* (trad. italiana), Turin 1942².

neración penúltima, la del barroco: Quevedo, Saavedra, Velázquez, Tirso de Molina; d) la generación final o última, nada queda por hacer, el barroco, desatado, es la hoguera que consume los últimos restos: es Calderón de la Barca, Murillo, Claudio Coello¹⁷.

¿Cuál es la tragedia de la generación de Saavedra? Aquellos hombres vieron caer a la Monarquía española en medio de un tremendo esfuerzo, jugándose el todo por el todo y a punto casi de lograr sus objetivos, sin perder nunca la esperanza de un cambio de fortuna. La gran máquina del Imperio, antes de entregarse totalmente, permitió un último y desesperado intento de lograr la victoria, es decir, la Monarquía hispánica, y con ella el triunfo de la Contrarreforma, el restablecimiento de la unidad religiosa en Europa.

La energía del Conde duque Olivares exasperó las últimas fuerzas del país, luchando a la vez contra toda Europa (Francia, Inglaterra, Suecia, Venecia, Saboya, Dinamarca, Holanda, Brandemburgo, Sajonia y Weimar). Pero este esfuerzo era desproporcionado y España sucumbió bajo su peso¹⁸, mientras Richelieu iba creando cada año un nuevo obstáculo o trampa sin descanso. España sostenía a la vez la lucha contra el Turco en el Mediterráneo, contra el protestantismo en Europa, contra los piratas en América, era demasiado.

España había surgido como una gran potencia de un modo meteórico, el primer gran Estado en Europa que asombrará en Italia con la eficacia de las tropas del Gran Capitán, y aun más con la clarividencia diplomática del Fernando el Católico. Pero los vastos planes de este príncipe genial, que deseaba un equilibrio positivo para lograr la paz entre los cristianos y poder así realizar la gran cruzada contra el Turco y la ocupación de África, se malograron por la crisis religiosa que trajo consigo la Reforma protestante. España sola tuvo que cargar con el mantenimiento del orden tradicional: socorre al Imperio alemán, ha de aceptar la lucha contra Inglaterra, su aliada tradicional, interviene en Francia para evitar que el protestantismo la domine.

En política exterior España pudo optar entre tres políticas: elegir la alianza con Inglaterra, apoyando la expansión continental de ésta y compartiendo con ella el poder naval (fue la política de Gondomar, rechazada por razones de integrista religioso); se pudo, y se hizo, aliarse con el Imperio, que supuso cargar con todo el problema alemán y que, al final, el Imperio se desentendiera de nosotros; se pudo, en fin (y es la solución que apunta en más de un lugar Saavedra), volver a una idea semejante a la de Fernando el Católico, de una monar-

¹⁷Cf. M. FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 86.

¹⁸Esta idea de España sucumbiendo bajo una carga desproporcionada es la del Quijote. Véase, entre otros, V. PALACIO ATARD, *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del Siglo XVII*, Rialp, Madrid 1966.

quía triangular, apoyada en la Península, Italia y África, renunciando a los asuntos europeos e incluso a las posesiones de la herencia borgoñona.

España optó por lo más difícil, lo más complicado, lo que tenía que acabar mal, si bien era también lo más glorioso y sacrificado. Porque «no hay virtud que no resplandezca en los casos adversos, bien así como las estrellas brillan más cuando es más oscura la noche» (*Empresa* 25). En estas condiciones se explica una serie de actitudes típicas de la época. El choque tremendo entre la creencia en la validez del orden medieval, a realizar en la monarquía hispana: un monarca, un imperio, y una espada, o, por lo menos, en un equilibrio ordenado de potencias cristianas bajo la garantía del Imperio y de España; es decir, de la Casa de Austria; y el orden moderno, opuesto en todo a lo anterior, les hace sentir al mundo entero, quebrantado en sus fundamentos, en plena crisis.

Frente a esta asombrosa *conciencia de crisis*, ante la quiebra de toda la concepción española del problema de Europa, en la cual seguían creyendo los españoles, pero que no sabían cómo apuntalar, sin resignarse a renunciar a él¹⁹, se obstinan hasta el final en una actitud de resistencia a los cambios, de quietismo político y de pacifismo. En contraposición con la emprendedora política de Richelieu, el ideal político de la España de los Habsburgo era el *statu quo*, el sosiego, lo estático, la paz²⁰. Se desea sobre todo la paz, la *paz austriaca*, o sea, la paz vinculada al orden de cosas existentes. Proponen por lo mismo, una serie de tesis convergentes: religión, paz, moderación, fe pública, legitimidad dinástica, respeto a los tratados, etc.

Saavedra se enfrenta con estos hechos en una actitud característica dentro de la unidad generacional. Es el más realista, el más sincero, el de mayor honradez dialéctica. En primer lugar, considera incontrovertible el hecho histórico de la caducidad de los sistemas políticos, y en este ciclo vital no hay punto de reposo: «O subir o bajar» según el fatídico lema de la *Empresa* 60.

Los grandes imperios se fundan cuando la providencia dispone generaciones homogéneas y constructivas. En esta interpretación histórico-providencial de la fortuna, Saavedra señala cómo en un periodo determinado de la historia de España surgieron el rey Fernando el Católico, y toda una serie de eminentes varones. La máquina del Estado español fue en su tiempo admirablemente fundada, de suerte que a pesar de la dispersión de sus diversas partes, ha formado un conjunto admirable. Pero existe el problema de la lentitud en las decisiones, al

¹⁹ La generación de Saavedra se enfrenta con el problema por lo menos desde 1635, cuando Francia arroja la careta y nos declara la guerra, y desde 1648 a 1659 ve consumarse el destino previsto.

²⁰ J.M. JOVER, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 150.

que los españoles propenden en todo caso por temperamento²¹. También el de un excesivo apego a las fórmulas rutinarias: «no siempre las novedades son peligrosos; a veces es conveniente introducirlas; no se perfeccionaría el mundo si no se innovase» (*Empresa* 29). Saavedra echa de menos la presencia de grandes personalidades; de hecho las que había no eran empleadas, o se les dispersa en virreinos y embajadas, mientras los puestos clave son ocupados por políticos mediocres²².

Saavedra su mueve, pues, entre la esperanza y la desesperanza; aun espera algo de la prudencia y el valor. Hay que luchar en todo caso hasta el final, pero con prudencia; no se han de intentar dos guerras a un mismo tiempo. Se debe por todos los medios buscar la paz. Es un pacifista convencido, no solo porque la guerra rompe el *statu quo* y acelera las caídas, sino porque «añora la paz con el espíritu filantrópico de un hombre del siglo XVIII, atento al progreso de las ciencias y las artes»²³. En efecto, la guerra dificulta la cultura, las ciencias, las artes, etc. Por eso, en su respuesta al *Manifiesto francés* no vacila en afirmar: «Asiento por principio innegable que el peor y mayor de los castigos es la guerra, siendo así que los demás son inseparables compañeros suyos»²⁴.

Saavedra, en fin, ama y respeta a España y a los españoles pero no disimula sus defectos y desea ardientemente su remedio. Unas veces expone el ideal, en otras, la realidad concreta, existencial, y no hay que confundir unos con otros momentos. Y llega a entrever el destino trágico de España en la Edad moderna, pero como Quevedo al rey de Francia, en su famosa carta a Luis XIII, podría también decir, cara a la posteridad: «Juzgadlo vos, Señor, cuál fue mayor valor: luchar con los que no podían dejar de vencer, o luchar con lo que no podían dejar de ser vencidos».

El horizonte el que se sitúa su vida es, pues, el de una Europa que comienza el último acto de un drama más que secular, el de la lucha entre el concepto de Cristiandad y el Estado moderno. Francia se ahoga en una Europa que, no obstante la presencia de los turcos en la cuenca del Danubio y la herejía que predomina en el mundo germánico del norte, muestra el sello unitario de los Habsburgo. Se trata de sustituir la paz austríaca por una paz francesa. Entre las dos paces está la guerra. Una guerra que realizará en sucesivos momentos Richelieu y que dará a la Francia de Luis XIV, durante la segunda mitad del siglo XVII, la

²¹ «En las grandes monarquías es ordinario el vicio de la tardanza en las ejecuciones, nacido de la confianza del poder, y también por lo poderoso de aquellas grandes ruedas, sobre las cuales juega su grandeza, y por no aventurar lo adquirido» (*Empresa* 81).

²² Cf. M. FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 99.

²³ J.M. JOVER, *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 185.

²⁴ *Ib.*, 514.

hegemonía de Europa. Después de Richelieu Europa queda irremediablemente dividida en dos trozos irreconciliables: la católica y la protestante, y se consuma la plena autonomía de la política frente a la religión. En última instancia, surgirá una nueva religión, el nacionalismo²⁵.

¿Cuál es el drama que experimenta la monarquía española en la primera mitad del siglo XVII? El drama que atenaza a la monarquía española por aquellos años es el *drama de la modernidad*: el choque del antiguo orden medieval con el mundo moderno asentado sobre la autonomía de lo político respecto de toda norma trascendente. Más concretamente, el choque entre la utopía española de catolicidad universal y la realidad política que acabará asentándose, *de iure*, en Europa a consecuencia de las paces de Westfalia de 1648.

Según O. Spengler²⁶, la primera época del barroco hasta la paz de Westfalia, es el siglo español, en el estilo eclesiástico, fijado por Ignacio de Loyola y por el Concilio de Trento, el estilo político, definido por la estrategia española, la diplomacia de los cardenales españoles, la arquitectura barroca, la gran pintura, etc. La empresa era excesiva y ningún otro pueblo osaría intentar obra tan grandiosa. «España se vendría abajo —escribe Diez del Corral— por y con Europa; es decir, con su idea de Europa»²⁷.

En esta inquietud dramática producida en los hombres del siglo XVII por la *conciencia de la crisis* que estremecía a la Cristiandad, vemos, la clave del fenómeno barroco: es el *crescendo* paulatino de esta inquietud lo que va enturbiando la noble pureza y sencillez del siglo precedente, formalmente expresado mediante una «exageración del gesto y de la expresión»²⁸, índice de una sinceridad y de una agonía apasionadas.

Rapto, pues, de Europa, como señala L. Diez del Corral²⁹, en el sentido de insensato arrebato, y rapto en el otro sentido de arrebatado. El Imperio español será cantera de donde Francia, Inglaterra, y Holanda extraigan los materiales para los suyos, con unos caracteres de despojo que se convertirá en tema insuperable de poesía histórica para propios y extraños.

²⁵Cf. M. FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 47.

²⁶Cf. O. SPENGLER, *La decadencia de occidente*, t. 1, Espasa-Calpe, Madrid 2007, 225.

²⁷L. DIEZ DEL CORRAL, *El rapto Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, *Revista de occidente*, Madrid 1954, 81.

²⁸L. PFANDL, *Historia de la literatura nacional española en la edad de oro*, Gustavo Gili, Barcelona 1952², 261.

²⁹DIEZ DEL CORRAL, L., *El rapto de Europa*, op. cit., 82.

3. EL ARGUMENTO: LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS (1618-1648)

Tenemos ya montado el escenario. Veamos ahora una síntesis del argumento, que nos permita situar en su lugar al personaje. La guerra de los Treinta Años se suele estudiar como una cierta unidad, subdividida en periodos. En realidad, no hubo una guerra, sino muchas, en torno a problemas diversos. En realidad hay que distinguir:

- A. La desintegración del Sacro Romano Imperio Germánico.
- B. El problema del Báltico, y apetencias consiguientes de Dinamarca y Suecia.
- C. La hegemonía europea, en el Occidente (cuestión de los Países Bajos) y en el Sur (cuestión de Italia), o sea, la gran ofensiva de Richelieu contra España.

Distinguimos por tanto, la guerra alemana, la guerra báltica, las guerras italianas y por los pasos alpinos, la guerra hispano-francesa (que a su vez dura hasta 1659), la guerra naval y colonial (principalmente contra Holanda, finalmente contra Inglaterra). El primer acto es principalmente alemán. El Imperio en crisis se encuentra en la imposibilidad de sostener por más tiempo el difícil maridaje ente protestantes y católicos.

Media Europa estaba en litigio, y el enorme cúmulo de las cuestiones a resolver en la paz general estaba aún incrementado por el interés del bando partidario de la renovación del *status* político de Europa. Esta fue la política clarísima de Francia. Más de veinte ejércitos seguían actuando en teatros de operaciones muy distantes y con gran autonomía entre sí. Mientras tanto, en Westfalia y fuera de allí tenían lugar otras negociaciones.

Finalmente, España abandonará los Congresos de Westfalia, donde unos meses más tarde, el 24 de octubre de 1648, se firmó «la paz tan onerosamente comprada», que dio a Europa un nuevo estatuto político. La ausencia de España, que se obstinó en seguir luchando por su cuenta por el orden tradicional, tenía un profundo sentido histórico. Lo importante era que una nueva era se abría en la historia europea: dentro de este caos de ambiciones y maquiavelismo de frío cinismo, solo se intentará ya un orden de tipo mecánico: el *equilibrio europeo*, como freno automático a lo que se da por seguro, que es la ambición sin freno en política.

Los tratados de Münster y Osnabrück suscritos ambos el 24 de octubre de 1648, serán la base del nuevo orden internacional europeo (consolidado el principio de soberanía frente a toda idea de unidad y una cierta idea de equilibrio

bajo la hegemonía francesa). Por otra parte, un nuevo estatuto político del Imperio (que cierra el paso durante dos siglos a la unidad alemana, a la vez que de algún modo explica la violencia con que habrá de surgir la idea nacional). Finalmente, de ellos arranca la consolidación de la ruptura religiosa y de algún modo el principio de laicización de la vida occidental, con sus consecuencias en materia de libertad religiosa, de tolerancia, etc.

En cuanto a lo primero, Westfalia supuso el fin de la idea tradicional del orden cristiano³⁰. Termina el sueño medieval de unidad religiosa y política; surge la «sociedad internacional», con un «sistema laico de Estados independientes». En este sentido es certera la paradoja de Belloc: Richelieu es el padre espiritual de Bismarck, a pesar de las apariencias³¹. Saavedra usó ya antes de 1648 la palabra Europa preferentemente a la de Cristiandad. Las pocas veces que usa esta última expresión es con un significado casi enteramente religioso y no en un concreto sentido de comunidad política, la comunidad visible entre los príncipes cristianos³².

En esta nueva sociedad, Francia surge con el doble prestigio de sus armas y de su versión neoclásica de la cultura; España, a su vez, queda separada del Imperio por los artículos 4 y 5 del tratado de Münster, y si bien mantuvo por algunos años el equilibrio militar con Francia, al final Inglaterra decidió la balanza definitivamente en contra nuestra, quedando nuestro poderío bélico definitivamente aplastado en la batalla de Dunas. Mazarino dejó la preponderancia española deshecha en 1660 y preparada la de Luis XIV; pero sobre bases frágiles, pues Francia (por las mismas raíces de su política) no supo integrar a Europa en un nuevo orden, y toda su política exterior quiebra en el siglo XVIII, a pesar de los excelentes instrumentos militares y diplomáticos. En lo último Mazarino fue un artista. Francia tenía nada menos que veintidós embajadores y legaciones en 1648, que en buena parte fueron la clave de su triunfo.

Francia fue la gran ganadora de Westfalia, pues Suecia fue pronto barrida del continente por el crecimiento de Rusia y Prusia. Pero Francia, aparte de lo que obtendrá de España a lo largo del medio siglo siguiente, obtiene Alsacia y Lorena, y sobre todo deja definitivamente debilitada a Alemania. Francia quedó como «garante» del Tratado de paz, asegurándose en todo momento el derecho de intervención en el Imperio y la facultad de convertir cualquier

³⁰ Véase la protesta del Papa Inocencio X contra la Paz de Westfalia, hecha en Roma el 26 de noviembre de 1648.

³¹ Cf. M. FRAGA IRIBARNE, *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, o.c., 471.

³² Cf. J.M. JOVER, *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 168.

cuestión alemana en un problema europeo, si le convenía. Ahora que, sin saberlo, Francia había sembrado la semilla de su peor enemigo: el patriotismo alemán.

España, en todo caso, no encontrará ya un sitio adecuado en la nueva ordenación de Europa: mantendrá en el fondo la utopía de lo irrealizable, el orden cristiano y legítimo que deseara Fernando el Católico y Carlos V revistiera con ropajes imperiales y a cuyo servicio se desangró. Saavedra era partidario, por lo menos desde 1638, con lo que Jover llama «un egoísmo nacional muy moderno», de adoptar una actitud realista y separar las dos guerras, la del norte (entre Suecia y el Imperio) y la de occidente (entre España y Francia)³³. La paz de Westfalia fue, en segundo lugar, aunque ninguna Dieta lo aprobase, una nueva Constitución del Imperio. Aparentemente solo pretendió aclarar el estatuto político tradicional, confirmando las famosas «libertades germánicas». El principal ganador fue el que menos se gastó en la lucha fratricida, el flamante Estado prusiano, que pronto se alzaría como un meteoro en el cielo político europeo.

Lo decisivo fue el cansancio de las guerras de religión y la introducción de nuevas sectas, que se multiplicarán desde que en Westfalia se concede a los calvinistas el *ius reformandi*. Lo político y lo económico predominarán cada vez más sobre lo sobrenatural. Como observa Charveriant, «que la guerra de los Treinta Años haya favorecido el sistema de la tolerancia es verosímil, puesto que la admisión del calvinismo en el Imperio le abría, en efecto, el camino. Pero que se haya empezado y sostenido para defender la libertad de conciencia, es un error. La guerra de los Treinta Años no sido una guerra religiosa, ha sido una *guerra política*, una guerra de ambición y de conquistas»³⁴.

Westfalia supuso la quiebra de toda la política europea de España, la única política europea que España haya propugnado eficazmente a lo largo de su historia. La conciencia española, pasiva en 1648, se enfrentó doctrinalmente, activamente, con las fuerzas de Westfalia trece años antes. España, derrotada en 1648, tiene en 1635 una clara intuición de lo que se juega al comenzar la partida decisiva. Apremiada por la urgencia de la lucha con Francia, no encontrará en Westfalia la paz, tiene que esperar once años más, hasta 1659. Demostrará la elegancia de perder sin dar voces, fiel al precepto de Saavedra, mantiene compostura y sosiego ante la fortuna adversa.

³³ Saavedra fue sacrificado todavía en 645 al «austracismo» dominante; políticamente tenía razón, pero tal vez el destino de España en la Historia no hubiese quedado tan cumplido. Cf. J.M. JOVER, *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 172.

³⁴ E. CHARVERIANT, *Histoire de la Guerre de Trente Ans*, Paris 1878, vol. II, 630.

4. SAAVEDRA FAJARDO ANTE EL MANIFIESTO FRANCÉS DE 1635

En 1635 se publica el famoso *Manifiesto francés*, mediante el cual Francia declara la guerra a España, en el que se expresan las razones y los agravios de la Francia de Richelieu contra la Monarquía española de los Habsburgo. La réplica española en el cuadro de la literatura polémica fue excepcional, como lo demuestra J.M. Jover en su obra, *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación* (Madrid 1949)³⁵. El cardenal Richelieu dirige con escrupuloso cuidado lo que hoy llamaríamos su gabinete de prensa, su equipo de panfletarios profesionales (el P. José, Fancan, Sirmond, Hay de Chastelet, Ferrier, etc.), seguidores de las orientaciones y consignas dictadas por el omnipotente ministro francés.

Richelieu aparece como el fundador de la prensa moderna, anticipando los modelos de una prensa de Estado: prensa política (*La Gazette*), prensa científica (*Journal des Savants*), prensa literaria y mundana (*Mercure*)³⁶. La *Gaceta*, a la que Saavedra alude con frecuencia, es el órgano de la propaganda política de Richelieu. Su publicación fue concedida en 1631 a Teofrasto Renaudot, un protestante que al parecer fue presentado a Richelieu por el P. José. La patente se le otorga a perpetuidad. La publicación tuvo un gran éxito y pronto penetró en todas las grandes ciudades europeas; era semanal y empezó con cuatro páginas que luego aumentaron a ocho. Richelieu, el P. José y el propio Luis XIII figuraban entre sus colaboradores (ocultos claro es). Así, la prensa se estrenó como un instrumento oficial del poder.

El *Manifiesto o Declaración del Rey de Francia sobre el rompimiento de la guerra con el Rey de España*, de 6 de junio de 1635, se publica en el *Mercurio de Francia*, e intenta demostrar que la guerra emprendida por Francia es una guerra justa. De una parte, la necesidad de defenderse de un enemigo peligroso, España, de otra, el imperativo ético de acudir en defensa de los aliados, oprimidos por la ambición hispánica. El autor del *Manifiesto* de Luis XIII tiene la insuperable destreza de presentar una Francia noblemente quijotesca, que todo lo sufre prefiriendo una paz pública a una justa venganza, pero que estalla en noble ira cuando ve la ambición española lanzarse sobre los príncipes aliados. Se presenta, no como un Estado más de los que juegan en la Europa moderna, sino como la primogénita de la Cristiandad, como continuadora de una tradición de cruzados y de caballeros, defensores de los más débiles. Se declara la guerra, una guerra prevista y esperada como decía el *Manifiesto*. Se presenta la situación en toda su crudeza. Siglo y medio de luchas por la unidad espiritual de

³⁵Cf. J.M. JOVER ZAMORA, *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c.

³⁶G. WEIL, *El diario. Historia y función de la prensa periódica*, México 1941.

Europa confluyen en este momento, el orden europeo, el secular antagonismo francoespañol, se ventilan en la lucha que comienza.

Así pues, el *Manifiesto francés* de junio de 1635 es un alegato que pretende demostrar la justicia de la guerra emprendida por Francia³⁷. La respuesta española será un intento de demostrar la injusticia de la misma. Los hechos aducidos por Francia como legitimantes de su actitud, ¿ocurrieron o no? Nuestros polemistas (Guillén de la Carrera, Céspedes y Meneses, y Pellicer) no se contentan con la actitud defensiva, también ellos hacen una serie de acusaciones a Francia. Primero, violación de las paces de Vervins, segundo, violación de las paces de Ratisbona y Cherasco, tercero, violaciones del derecho de gentes, y de la fe pública, y cuarta, la acusación de haber traicionado y puesto en trance de derrumbamiento el orden tradicional cristiano, la Cristiandad.

1635 presencia, por tanto, una doble movilización de armas y de plumas. Plumas que saltan a la brecha con una finalidad polémica concreta: responder a los cargos del famoso manifiesto francés. En las respuestas al manifiesto francés de 1635 encontramos, de una parte, la discusión sobre los hechos en los que Francia basaba su acusación contra España; de otra, una serie de supuestos sobre los que descansa toda la argumentación: concepto de Europa, de Cristiandad, etc.

La generación de 1635, es tal vez la última generación con una fe ciega en el destino de España; le tocó experimentar en los días crepusculares de Westfalia el dolor de Europa, de una Cristiandad en trágica agonía por los intereses de los Estados³⁸. El español de 1635 tiene todavía en lo que le legaron sus mayores una fe capaz de transportar montañas. Critica las deficiencias de la política interna, las gabelas excesivas, al Conde duque Olivares, etc., pero la filosofía política permanece inalterable. La supeditación de lo político a lo ético, la Cristiandad concebida como entidad política, la creencia en los fines trascendentes de la Monarquía católica, el repudio de cuanto signifique concesión a la herejía, la comunidad de fines con el Sacro Imperio Romano Germánico, son para el español de 1635, verdades indubitables como lo fueran para sus padres y abuelos.

Lo que hace estremecerse de repulsión las entrañas del español de 1635, no es la mera posibilidad del triunfo francés, es lo que ello representaría; es la renuncia definitiva a restaurar la unidad espiritual de Europa; es la quiebra de la

³⁷ Atribuido por Louis Andréal famoso capuchino, conocido como la eminencia gris, P. José, L. ANDRÉ, *Histoire politique et militaire*, Paris 1926; cf. J.M. JOVER ZAMORA, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 36, 72-73.

³⁸ Cf. J.M. JOVER ZAMORA, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 16.

paz austriaca, de la paz de la Cristiandad; es el triunfo del Estado neutral y agnóstico sobre la comunidad política servidora de fines trascendentes.

El escrito atribuido por G. Spini a Saavedra Fajardo, *Indispositione generale della Monarchia di Spagna, sue cause e remedii* (Madrid, 20 diciembre 1630)³⁹; el *Discurso sobre el estado presente de Europa* (Ratisbona, 20 enero de 1637)⁴⁰, en el que expone su convicción de que España está en mala situación por la dispersión geográfica de sus fuerzas, frente al conjunto homogéneo que es Francia; *Empresas políticas*, y las *Locuras de Europa*, son los cuatro jalones fundamentales que permiten fijar, no solo las modalidades que al pensamiento de Saavedra va imprimiendo el transcurso de unos años decisivos, sino también lo sustancial de su pensamiento. A estas cuatro obras, hay que añadir el opúsculo que le atribuye J.M. Jover, la *Respuesta al manifiesto de Francia*⁴¹, como indica Jover, «Saavedra sabía muy bien adecuar la música de sus escritos a la nacionalidad de los oídos a que iban dirigidos»⁴², por eso oculta su identidad presentándose como un caballero francés.

Naturalmente, presentada la *Respuesta* en forma de memorial de un súbdito francés, la pluma de Saavedra había de respetar a la nación francesa para caer sobre la persona de Richelieu. En el párrafo final del opúsculo se dirige a Luis XIII en tono dramático. Richelieu no es, no puede ser francés, la monarquía siempre se ha conservado por la virtud, no con dolo y fraude: «Jamás hemos acometido a nuestros enemigos sino por guerra abierta, y jamás nos ha faltado la generosidad para con los abatidos. Ninguna cosa se ha tenido por mayor afrenta e injuria entre nosotros que ser acusados de haber faltado en la fe prometida, y jamás hemos tenido ministros que hayan movido a sus señores a ser parricidas, ni usurpar tiránica e inhumanamente los Estados de otros príncipes nuestros vecinos, como ahora ha hecho el Cardenal»⁴³. Es «el más pérfido de todos los hombres», que obra impulsado exclusivamente por sus intereses, que son diametralmente opuestos a los del Estado.

El escrito comienza con un canto a la paz y repudio de la guerra. Pero su horror a la guerra no radica como en otros autores en un afán casi teológico de

³⁹G. SPINI, *Uno scritto sconosciuto di Saavedra Fajardo*, Revista Hispania, VIII, 1942, 438-451.

⁴⁰*Discurso sobre el estado presente de Europa* (Ratisbona, 20 de enero de 1637); Biblioteca Nacional, Ms. 18653, núm. 36. Incluido en la edición de A. GONZÁLEZ PALENCIA (Recopilación, estudio preliminar y notas), D. DE SAAVEDRA FAJARDO, *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1946.

⁴¹J.M. JOVER ZAMORA, *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 392 ss.

⁴²*Ib.*, 395.

⁴³*Respuesta al manifiesto francés*, en J.M. JOVER ZAMORA, *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 412.

sosiego, de equilibrio, de medida. La paz de Saavedra tiene una finalidad en cierto modo más moderna, es deseable porque solo ella permite el desarrollo de la cultura y la ciencia, y con la guerra, las artes se olvidan y la cultura se pierde; observa que Francia y Suecia se quejan de las guerras del Imperio y «son ellos la causa; exclaman que desean la paz y ellos solos hacen la guerra; se quejan de la dilación de los tratados, y los embarazan con varias artes».

Si la paz es distinta en sus fines, la Cristiandad se convierte en Europa en la mente de Saavedra. Saavedra Fajardo rehúye nombrar el vocablo Cristiandad, prefiere utilizar el de Europa. Las pocas veces que usa el vocablo Cristiandad le da un significado religioso, distinto al que tenía para los españoles de su generación para quienes todavía tiene un concreto sentido de comunidad política entre los príncipes cristianos: con una potencia espiritual, la Santa Sede, y dos grandes potencias políticas, el Imperio y la Monarquía española, encuadradas por una entidad común, la casa de Austria⁴⁴. La fidelidad a la dinastía de los Habsburgo, el sentimiento de los asuntos del Imperio como propios de nuestra monarquía, será el distintivo del *austracismo*: sentimiento de inserción en un orden europeo sustentado por la casa de Austria⁴⁵.

¿Cuáles son los fundamentos de la comunidad austriaca? La defensa de la fe católica y de la Iglesia, y el mantenimiento de la paz europea. Ambas entidades, la fe católica y la paz austriaca están en peligro. La paz, por la ambición francesa, la fe, por la irrupción de los herejes confederados con Francia. Frente a las acusaciones de imperialismo, de secreta aspiración al logro del Estado mundial, nuestros polemistas invocan que España no persigue ensanchar sus fronteras en Europa, solo desea que cada uno se contenga dentro de sus límites defendiendo a los injustamente atacados. Es decir, aspira a realizar una política del *statu quo*, que lleva consigo una actitud defensiva frente a las potencias extranjeras. Los más cerradamente austracistas apenas sienten entusiasmo por el futuro. Mantenimiento del *statu quo*, de la paz austriaca, sin ambición imperialista, tales son las motivaciones políticas que nos desvelan las raíces del austracismo de la generación de 1635.

En la visión europea de esta generación falta, pues, empuje hacia el futuro. Frente a los enemigos del espacio europeo se asume una actitud defensiva a ultranza, actitud a la que se opone tenazmente Saavedra; observa que la actitud defensiva de mantener el *statu quo* europeo, coloca a Francia, que intenta subvertir dicho orden en provecho propio, en la posición de jugadora con ventaja. Saavedra Fajardo propugna la separación de las dos guerras: la del norte (Suecia

⁴⁴Cf. *Ib.*, 168.

⁴⁵ Es el significado que tiene para los hombres del siglo XVII, distinto al que le dio la historiografía de fines del siglo XIX; cf. *Ib.*, 169.

contra el Imperio), y la de occidente (Francia contra España), y que España se centre solo de la última⁴⁶.

En la actitud del diplomático murciano ante los años que van del 35 al 48 hay algo original respecto a los demás miembros de la generación de 1635. En la lucha entablada entre el orden europeo que había de quebrar en Westfalia y las fuerzas disgregadoras de aquel orden, Saavedra ve una pugna entre Estados, entre Estados concretos. Lucha en la cual los enemigos de España no son los enemigos de la paz austríaca, sino los franceses. No concibe la monarquía católica en el sentido ecuménico sino más bien como una monarquía de estilo fernandino, asentada en el Mediterráneo occidental sobre el trípode España-Italia-África.

Como señala J.M. Jover⁴⁷, Saavedra aspiraba al fortalecimiento de la monarquía triangular España-Italia-África. Tal vez sea en el siguiente párrafo donde más claramente formula este pensamiento, se refiere a la conveniencia de extinguir, o al menos suspender, el fuego de las guerras de los Países Bajos, que amenaza consumir a la Monarquía: «para emplear en fuerzas navales lo que allí se gasta, y tener el arbitrio de ambos mares Mediterráneo y Océano, manteniendo en África la guerra, cuyos progresos por la vecindad de Italia y España, unirían la Monarquía». Para Saavedra los Países Bajos son una herida abierta en el cuerpo de la Monarquía (*Empresa* 83)⁴⁸. Párrafo medular en toda exposición de sus ideas políticas.

España, monarquía formada por retazos distintos, sin trabazón, vulnerable a los ataques de un enemigo coherente. Lo que puede hacer fuerte a España es unificar, en partido e intereses, todas las tierras de su monarquía. Y esto es, precisamente, lo que con su común agresión va a lograr Richelieu.

5. LOCURAS DE EUROPA

Cuando Saavedra Fajardo expone en su opúsculo, *Locuras de Europa. Diálogo entre Mercurio y Luciano*, la desastrosa situación a que han llegado los asun-

⁴⁶ Discurso sobre el estado presente de Europa (Ratisbona, 20 de enero de 1637), o.c.

⁴⁷ Cf. J.M. JOVER ZAMORA, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 91, 407.

⁴⁸ Hablando en francés afirma la conveniencia de que España siga padeciendo la sangría de Flandes: «Si pudiéramos conocer de cuánto provecho nos es lo que el Rey de España posee en el País Bajo, sin duda nos resolveríamos a ayudarle a recuperar algo de lo que le hemos hecho perder, particularmente si viéramos que no tenía fuerzas suficientes para defender el resto; con un pequeño socorro que podemos continuar secretamente a los holandeses, ocuparemos eternamente todo el poder de España en aquel país, y pasaremos alegremente quietos y pacíficos en nuestras casas, cuando Dios se sirva de volvernos a enviar la justicia a ellas» (*Respuesta al manifiesto francés*, en J.M. JOVER ZAMORA, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 408).

tos militares, diplomáticos y religiosos del continente, no toma un punto de enfoque particularista, español, sino un punto de vista superior, europeo y aun celestial, es decir, mitológico. Su portavoz será Mercurio en su diálogo con Luciano:

«Habiendo dado vuelta por Europa, me detuve –dice el dios-, librado en la suprema región del aire, para comprenderla toda con la vista y la consideración [...] Si tú hubieras visto como yo a Europa, y considerado las causas y efectos de estas calamidades presentes, en unos de ambición y en otros de imprudencia y descuido, conocieras que en ella los hombres solo, y no los dioses, han sido culpados»⁴⁹.

La tesis del diálogo será: la locura de Europa. Es un texto poco conocido de don Diego de Saavedra, aunque no existen problemas de atribución como sucede con otros escritos del mismo autor, su publicación póstuma y sus poco rigurosas ediciones ha dado lugar a un cierto desinterés por una obra que ofrece, sin embargo, un doble atractivo: su tema, los problemas políticos europeos anteriores a la Paz de Westfalia, y su forma literaria, el diálogo, género que es objeto de creciente atención. A dicho desinterés contribuye el que *Locuras de Europa* forme parte de lo que podríamos llamar la obra menor del autor de *República literaria* y las *Empresas políticas*. Para algunos autores es un ensayo político” mientras que para otros un simple “entretenimiento literario”⁵⁰.

El panorama que nos presenta de Europa el diplomático español es desolador: se aproximaba el final de la guerra de los Treinta Años y España se encontraba en uno de los momentos más difíciles de su historia, el gigantesco imperio mundial empezaba a desmembrarse y lo que era peor, aparecía también la descomposición interior. Para mejor informar y precisar la situación política de Europa que él presencia en Múnster, recurre a la forma dialogada en *Locuras de Europa*: dos personajes, Mercurio y Luciano, conversan sobre el estado de Europa y pasan revista a todas las naciones que intervenían en la guerra de los Treinta Años, ante ellos desfilan Alemania, Polonia, Dinamarca, Suecia, Saboya, Francia, Inglaterra, Holanda, Portugal y Cataluña, Suiza e Italia. La visión no puede ser más desoladora desde el principio hasta el fin. Todo era anarquía,

⁴⁹D. SAAVEDRA FAJARDO, *Locuras de Europa*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1946, 1198. Compuesto en Múnster durante su estancia como plenipotenciario, no vio la luz hasta el año 1748, en Alemania. El Seminario Erudito de Valladares lo editó en el vol. IV, 1-44, creyéndolo inédito. Las ediciones más recientes parten todas del texto de la BAE, XXV, 411-422, que se basa en la primera impresión alemana de 1748. Algunos estudios monográficos sobre texto, además de las introducciones a las ediciones de *Locuras de Europa*: J. TORRES FONTES, «Las *Locuras de Europa* de Saavedra Fajardo», en *Murgetana*, 9, 1957, 41-67; M.S. ARREDONDO, «Diálogo y política internacional en *Locuras de Europa*, de Saavedra Fajardo», en *Criticón*, 58, 1993, 9-16.

⁵⁰ Cf. M.S. ARREDONDO, o.c., 11.

calamidades, ambiciones e injusticias: «Si tú hubieras visto como yo a Europa y considerado las causas y efectos de estas calamidades presentes, en unos de ambición y en otros de imprudencia y descuido, conocieras que en ellas los hombres solos, y no los dioses, han sido culpados»⁵¹.

En esta visión conjunta, comienza por el Imperio austríaco. Por un lado, considera el grado de descomposición y desintegración a que había llegado por la equivocada política de los Estados y príncipes alemanes, incapaces de comprender el sentido de la lucha que se mantenía en toda Europa. Los príncipes y electores no consiguieron entender las intenciones francesas y engañados por sus falsas promesas creyeron en la posibilidad de una ayuda desinteresada de las potencias extranjeras en defensa de sus libertades políticas y religiosas.

Francia y Suecia aprovechan la rebelión interna de los príncipes alemanes contra el emperador para presentarse como defensoras de las libertades germánicas y dirigir la intervención armada en beneficio propio. La paz que se gestiona en Osnarbrück y Münster, permite la intromisión de las potencias vencedoras en sus asuntos propios, les coartaba su libertad y sobre todo les coaccionaba con su presencia dentro del Imperio. Triunfará la ambición y la fuerza a costa de naciones y príncipes engañados. Saavedra señala una leve posibilidad de solucionar aquel estado caótico en que se encontraba el Imperio si los príncipes alemanes comprendieran su equivocada actitud de rebeldía ante el emperador e intentaran salvar a su patria uniéndose todos contra el enemigo común de la casa de Austria.

Enjuicia Saavedra la situación en que se encontraba Polonia. La supuesta buena amistad con Suecia no tenía ningún significado, porque el mismo camino había seguido Dinamarca, su antigua aliada, y los suecos aprovecharon la oportunidad que se les presentó para entrar en Dinamarca sin respetar alianzas ni pactos. Indica como mejor solución que Polonia se adelante a los acontecimientos sin esperar a la amenaza directa en sus fronteras. Sus intereses estaban al lado del Imperio y Dinamarca, enemigos de Suecia.

Lo ocurrido en Dinamarca le sirve para presentarlo como ejemplo a las demás naciones europeas para que puedan comprender el peligro que representa la alianza franco-sueca. Cuando Suecia y Dinamarca luchaban contra el Imperio, la primera preparaba también su venganza contra Dinamarca hasta que encontrándose con fuerzas suficientes luchó también contra ella, invadiendo su territorio.

Enfrente de lo que ocurría a las naciones mencionadas anteriormente por Saavedra, la posición de Suecia era distinta, pues en vez de ser un país atacado

⁵¹D. SAAVEDRA FAJARDO, *Locuras de Europa*, o.c., 1201.

era nación agresora y en unión con Francia, nación que más beneficios había obtenido hasta entonces de la guerra, si bien con una cuantiosa pérdida de soldados e incluso la del rey. Considerando las enormes ventajas espirituales y materiales obtenidas por Suecia en su activísima intervención frente al Imperio, entendía peligrosa la continuación de su empeño. Por otra parte, el interés de Francia de que se obligara a una nueva guerra con Dinamarca produciría solo un beneficio muy cuantioso para Francia, y este era claramente el propósito francés al entender de Saavedra en la alianza que Francia había hecho con Suecia. También expone agudamente la principal causa que ocasionaba la victoria y progreso sueco al referirse a la poderosa ayuda encontrada en los príncipes alemanes rebeldes al emperador.

La culpa de la locura en que había caído Europa la hace recaer Saavedra sobre Francia. Comprende perfectamente sus planes y su triunfo, y a lo largo de todo su trabajo resalta la influencia y astucia francesa moviendo el poderoso juego de peones en el tablero europeo. Recrimina a la reina Ana de Austria su criterio de sostener al frente de los destinos de Francia al cardenal Mazarino, hechura de Richelieu, sintiendo más como madre que como española. Elogia al Parlamento de París por su postura al enfrentarse al consejo real y a Mazarino.

Procura resaltar cómo España no fue nunca enemiga fuerte de Francia, ni aun en la época de mayor preponderancia; señala la diversidad de religiones en Francia, toleradas necesariamente por su alianza con protestantes e infieles. Después trata de la opresión que sufría el pueblo francés con un gobierno despótico y la serie cuantiosa de tributos que impone, lo cual ocasiona la ruina del pueblo trabajador, que además sentía sobre sí el peso de las constantes guerras y una gravísima despoblación. Todo ello por servir las ambiciones políticas que ningún beneficio espiritual podía representar para Francia y en cambio rompían la unidad espiritual de Europa.

Nos presenta los problemas europeos de su tiempo antes de finalizar la guerra de los Treinta Años, intuye con sorprendente perspicacia el programa político del cardenal Juan Armando du Plessis de Richelieu y trata de desenmascararlo. Su objetivo no es otro que aniquilar las dos ramas de la casa de Austria; además aspira encubiertamente a la hegemonía de Europa y al predominio con los restantes Estados occidentales con los que hasta ese momento Francia estaba aliada, de los que en un futuro no muy lejano será su enemiga, puesto que su propósito es desarticular cualquier poder europeo que pueda hacerle sombra, de ahí que trate de dividir a Europa en dos campos religiosos antagonicos con tal de ganar la hegemonía para Francia. Francia, la nación regida por cardenales como Richelieu y Mazarino, cuya diplomacia estaba encomendada al fraile capuchino, el padre José (la «eminencia gris»), se ali-

neó en la campaña con los protestantes alemanes y con los suecos contra los españoles y austriacos.

Como en la guerra de los Treinta Años participaban protestantes y católicos, se celebran dos congresos de paz en 1644, uno en Osnabrück para los protestantes, en donde domina como potencia vencedora Suecia; y otro para los católicos en Múnster donde Francia dirige o, mejor, impone las duras condiciones de la paz. Toman parte en estos congresos, Suiza que logra ver reconocida su independencia del Imperio; Suecia, que gana grandes porciones territoriales del Sacro Imperio, aunque en calidad de feudataria, y podrá intervenir en las decisiones de las dietas imperiales y desplazar poco a poco la preponderancia de los emperadores. Holanda que, apartándose de las tentadoras ofertas de Francia, pudo ver reconocida su independencia de España y del Imperio; Francia que obtiene grandes concesiones territoriales y el reconocimiento de antiguas ocupaciones en el solar imperial a la vez que, política, económica y comercialmente se impone en toda Europa, logrando con ello la hegemonía sobre el occidente europeo.

Las dos ramas de la casa de Austria sufren amputaciones en todo su cuerpo; la autoridad del emperador puede decirse que desaparece al desmembrarse el Imperio en 343 Estados. Desde entonces reinará el particularismo en los Estados alemanes, hasta que dos siglos más tarde otro genial estadista, el canciller Bismarck, volverá a reunirlos para a su vez arruinar temporalmente a Francia. El Sacro Imperio queda convertido en un mosaico de diminutos Estados sin más unión y principio de solidaridad germana que la Dieta imperial, la cual, mediaticada por Francia y Suecia por un derecho de garantía que les permitía intervenir en sus deliberaciones y decisiones, quedaba convertida en una asamblea deliberante sin poder unitivo alguno. Esta paz, conocida con el nombre de paz de Westfalia, firmada en 1648, presenta el fin de la hegemonía de la casa de Austria en Europa y el comienzo de la hegemonía francesa en Europa.

Cuando Saavedra escribe la obra, España aun alimenta algunas esperanzas, tan frágiles como pensar en una posible desunión de los aliados o en el triunfo de la revolución que había estallado en París dirigida por el Parlamento, en la que participan nobles y burgueses contra Mazarino, situación confusa esta guerra de la Fronda que esperanzó algún tiempo a España y motivó que no se entrara en las negociaciones de Westfalia, donde fuimos abandonados por el emperador austriaco por quien tanto habíamos luchado. La guerra entre Francia y España continúa hasta la paz firmada en el Tratado de los Pirineos de 1659.

Cuando estudia la situación de Inglaterra hace resaltar la división en que se hallaba el reino anglosajón y la discordia que Francia intentaba mantener entre ingleses, irlandeses y escoceses, con objeto de distraer su atención de los asun-

tos europeos y no encontrar dificultad en su propósito de apoderarse de Dunquerque. Auguraba también el diplomático español los hechos que se producirían en el caso de que Carlos I de Inglaterra fuera destronado. Presenta con gran perspicacia política lo que iba a ser la Revolución inglesa con la consiguiente ejecución de Carlos I y el protectorado puritano-republicano que Cromwell mantuvo hasta su muerte. En efecto, los hechos sucedieron en la forma que prejuzgaba Saavedra. Muestra conocer perfectamente no solo la directriz política de los anglosajones, sino también el fermento social-religioso que empezaba a manifestarse ya a través del Parlamento inglés.

En cuanto a Holanda, hace ver a los holandeses el peligro que representaría para su integridad la vecindad de Francia, país completamente uniformado, ambicioso y con propósito bien definido de quebrar el poder español con objeto de apoderarse de Flandes. La historia nos dice que los holandeses reaccionaron ante este peligro de forma tal que parece como si hubieran aceptado por completo este aviso del embajador español. Entre tener como vecina a España en los Países Bajos, con una metrópoli alejada y sin medios de unión directos salvo el mar, donde la escuadra holandesa podría impedir cualquier intento de llevar refuerzos a Flandes, a tener a Francia como vecina y enemiga, con mayor poder, puesto que estaba unificada y dependiendo directamente todas sus fuerzas del rey y sus ministros, no cabe duda de cuales serían las decisiones de los holandeses al respecto.

La visión de Saavedra prevé los acontecimientos que se iban a desarrollar años después de su muerte. Anticipa los peligros que Holanda podía recibir de la vecindad de Francia. Sus observaciones se cumplieron totalmente. Los holandeses firmaron la paz por separado con España y pocos años más tarde logran aliarse con Suecia, Inglaterra y España frente al poder invasor de Luis XIV que intentaba obtener las consecuencias lógicas de la política de sus antecesores en la dirección de la política francesa, de Richelieu y Mazarino. Las paces de Aquisgrán de 1668, Nimega de 1678, y Ryswck de 1697, jalonan estas luchas en las que Holanda logró hábilmente conservar sus territorios. El análisis que presenta Saavedra denota un claro conocimiento del pensamiento político de Richelieu y su posterior desarrollo. Mira cerca —conoce naciones y políticos— y ve lejos, anticipa las consecuencias que de ello habrían de producirse.

Saavedra se refiere también a la sublevación de Portugal. El resultado del choque bélico que mantenía por entonces España y Portugal era todavía indeciso puesto que ambas fuerzas contendientes estaban igualadas. Primeramente, presenta como una de las causas de la rebelión el que el gobierno de Madrid hubiera permitido vivir en Portugal al duque de Braganza. El deseo de independencia hace que se encarne en el duque de Braganza, de sangre lusitana, la espe-

ranza de Portugal de tener un rey propio. Otro hecho que presenta Saavedra como causante de la sublevación y que ya el mismo Conde duque de Olivares en un memorial enviado a Felipe IV había expuesto, era la necesidad de que el rey visitara Lisboa con objeto de reanimar las tibias adhesiones con que aun contaba. Junto a ello Olivares aconsejaba volver a dar cargos ministeriales en Castilla a los principales señores de Portugal, embajadas, capitanías generales, virreinos, etc., puesto que los señores lusitanos se reputaban extranjeros en Madrid.

La equivocada política seguida por el Conde duque y sus sucesores, de considerar más importantes los hechos de Cataluña que la rebelión de Portugal, es advertida también por el diplomático español, al indicar que los gobernantes castellanos no advirtieron que la rebelión de una provincia enciende otras, y Cataluña y la guerra que mantenía España daban ánimos a los portugueses. Señala también los desacertados nombramientos para los altos cargos de gobierno y milicia portuguesa, especialmente cuando se nombra al duque de Braganza como gobernador de Milán, y ante la negativa de éste de aceptar tal gobernación, se le concedió la jefatura del ejército español en Portugal, con lo cual se le daban todos los medios posibles para que la rebelión adquiriera mayor fuerza.

Entre las medidas antipolíticas llevadas a cabo por el gobierno español, señala la Saavedra aquella en la que, sin atender al malestar existente en Portugal, el valido Olivares quiso imponer un nuevo tributo. Este descontento se convirtió en abierta rebelión cuando el día 1 de diciembre de 1640 fue asaltado el palacio de la virreina en Lisboa y asesinado el teniente corregidor y el favorito Vasconcelos. El duque de Braganza se alza con el nombre de Juan IV y para combatirlo era nombrado jefe del ejército español el duque de Medina Sidonia, cuñado del duque de Braganza, y favoreció sus pretensiones inmovilizando al ejército a sus órdenes.

En general, el juicio de Saavedra sobre el porvenir y resolución de la rebelión es pesimista. Presiente la independencia como hecho seguro, y la desintegración del reino lusitano la prevé como causa de la decadencia de Castilla y del mal gobierno de sus directores. Los hechos, muchos años después de su muerte, le darían la razón. España reconocería la independencia del reino de Portugal por el tratado firmado el 13 de febrero de 1668.

Respecto a la rebelión de Cataluña, señala que de una mera dependencia de Felipe IV pasaría a las manos poderosas de Luis XIII, y sobre todo, a ser factor político de la habilidad diplomática que desplegaba en toda Europa el cardenal Richelieu. Saavedra hace un resumen de la historia de Cataluña desde sus primeros momentos históricos, y expone a continuación el peligro que representaba para la nación catalana un afrancesamiento, pasaría a ser una provincia más

dentro del Estado francés, con lo que serían suprimidos sus fueros y privilegios y tendrían que aceptar las leyes y costumbres francesas al convertirse en una provincia secundaria en Francia y perder la primacía que mantenía en España.

El estudio de Saavedra comienza por la conquista de Cataluña por los francos en el siglo IX y sostiene que estos supuestos derechos de la conquista carolingia eran inferiores a los más antiguos de los monarcas españoles derivados de sus antecesores en el trono, los soberanos visigodos. Resalta los privilegios que los catalanes habían conservado, así como las escasas obligaciones que tenían con el gobierno de Madrid.

La rebeldía de Cataluña fue una conjunción de rebeldía voluntaria junto a una rebeldía impuesta por las circunstancias. Voluntaria, por algunos motivos tales como una equivocada imposición de nuevos tributos que resultaban contraproducentes en aquellos momentos, y las diferentes quejas que fueron presentadas a Olivares de la que éste hizo caso omiso. Por otro lado, estaba la política de circunstancias. Los catalanes consideraban que la empresa en que España estaba empeñada era imposible e inútil. La nave castellana se hundía a los ojos de los catalanes, y por ello no querían perecer juntos, más aun cuando se les presentaba un provenir más risueño con las falaces promesas que recibían de Richelieu. En este momento crucial para España se iba a manifestar de una manera ostensible la falta de solidaridad de los Estados componentes del su imperio frente al extranjero, falta de solidaridad que es casi una constante española.

La sublevación catalana se produce el 7 de julio de 1640, a continuación el llamamiento al Luis XIII, anticipadamente preparado por los agentes franceses que el habilidoso Richelieu tenía distribuidos por toda Cataluña, y las escasas y mediocres medidas de Madrid sirvieron para que Richelieu pudiera alcanzar su propósito de quebrar aun más a la casa de Austria al desorganizarla interiormente y abrir un nuevo frente dentro del territorio peninsular, con lo que los franceses no dudaron en ayudar a los catalanes, auxiliándolos económica y militarmente en su rebelión.

Solo el cansancio de los propios catalanes, que Saavedra prejuzgaba atinadamente, por las mayores vejaciones que sufrían de los franceses, hizo que Barcelona pudiera ser tomada en 1652, aunque la lucha con las fuerzas francesas ocupantes del Principado continuara hasta la paz de los Pirineos. Muchos años antes de la terminación de la rebelión, indicaba Saavedra los pocos frutos que Cataluña podría sacar de su levantamiento. Sufrió Cataluña con la paz de los Pirineos, pues dos de sus condados, unidos histórica, geográfica y étnicamente con toda Cataluña, los condados de Rosellón y de Cerdeña, pasaban definitivamente a Francia

Saavedra traza el estado catastrófico en que se hallaba Europa. Se adelanta a

Westfalia y prevé acertadamente el final de aquella larga guerra que él había presenciado en distintas partes de Europa. Renuncia por ello a mirarla en el plano material, que comprende totalmente perdido, y se refugia en la idealidad española, buscando su postura espiritual y huye de continuar relatando las desdichas que afligian a Europa. Se eleva a regiones más altas, y así pone en boca de Luciano, dirigiéndose a Mercurio, autor de la relación: «No descendas a ellos, porque hallándote tan vecino al cielo, corte tuya, abusaría yo de tu generosa cortesía, si después de haberte dado gracias por lo que, con más humanidad de hombre que gravedad de Dios, me has referido, no te suplicase que vuelvas a tu esfera celestial».

Saavedra se adelanta a su tiempo y aboga por un cambio político que sin menoscabar el ideal espiritual por el que se luchaba, diera una base firme a una reforma que produjera un resurgimiento interior, una reorganización total que permitiera rehacer lo perdido y salvar lo posible de aquella bancarrota.

6. SAAVEDRA Y EL SISTEMA DE EQUILIBRIO ENTRE ESTADOS

Saavedra presencia el tránsito de una Europa, basada en el orden cristiano, a otra que solo pretende un equilibrio mecánico entre potencias políticas, y en la cual los Estados son Leviatanes que no reconocen superior en la tierra. En su *Respuesta al Manifiesto francés*, con gran sentido histórico critica la panacea del *equilibrio europeo*: «En fin, esta inmensa política que quiere enseñar que no hay Monarquía en el mundo que pueda esperar la paz con las otras, si no se reducen todas a un mismo punto y a un mismo grado de fuerza; y que la más flaca debe siempre estar en acción y batir el hierro para enflaquecer a la más fuerte. Sé que esta regla es el punto más delgado de los que se pican de entender la cifra de Estado: mas yo los tengo por sumamente ridículos, pues según esta razón obligan a todo el género humano a ocuparse incesantemente en la guerra, siendo imposible que jamás llegue el caso de esta igualdad necesaria entre las soberanías para mantenerlas en paz»⁵².

⁵²*Respuesta al manifiesto francés*, en J.M. JOVER ZAMORA, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 404; cf. *Empresa* 81: «Y así, depongan sus celos lo que temerosos tratan siempre de igualar las potencias, porque esto no puede ser sin daño de la quietud pública. ¿Quién sustentará el mundo en este equinoccio igual de las fuerzas sin que se aparten a los solsticios de grandeza unas más que otras? Guerra perpetua sería, porque ninguna coas perturba más las naciones que el encenderías con estas vanas imaginaciones, que nunca llegan a fin, no pudiendo durar la unión de las potencias menores contra la mayor; y cuando la derribasen, ¿quién las quietaría en el repartimiento de su grandeza sin que una de ellas aspirase a quedarse con todo?; ¿quién las conservaría tan iguales que una no creciese más que las otras?»; y en la *Empresa* 75: «Poligrosa empresa sería tratar siempre de hacer la guerra al más poderoso, armándose contra él

Saavedra critica la guerra entre Estados en busca de un deseado equilibrio, desde un doble ángulo. De una parte, desde su pacifismo, teóricamente enemigo de toda guerra de conquista⁵³. De otra, partiendo de la valoración del poder efectivo de los Estados, no siempre el Estado más extenso es el más poderoso, porque «una mediana monarquía bien gobernada tiene suficientemente lo que necesita para resistir a los que se extienden más. Un palo largo se rompe más fácilmente que otro corto del mismo grosor. Y los cuerpos grandes se van hundiendo más con el propio peso»⁵⁴.

De lo anterior se deriva una doble consecuencia: primera, Francia, cerrada dentro de sí misma, dueña de un territorio bien redondeado, homogénea y centralizada, se debilitaría si se ensanchase más; segunda: el aparente poderío de la Monarquía católica, es decir, su desmedida extensión geográfica es, realmente, la raíz de su efectiva debilidad⁵⁵. Invocando el parecer del publicista florentino Boccacini, Saavedra señala que «España comparada con Francia pesa casi lo mismo; pero añadiendo lo que tiene en Italia, en las Indias y otras partes, no pesa casi nada»⁵⁶; la unión y la continuidad son fundamento de la fuerza y vida; por tanto, los retazos de la Monarquía separados de la península han de ser estimados muertos; «la reputara por mucho más formidable si no tuviera lo que tiene fuera y estuviera cultivada, poblada y bien gobernada».

«Guerra y paz», «amigo y enemigo», pudieran representar las coordenadas para la reflexión ante el horizonte de Europa en los días de Saavedra. Las guerras mismas, a la vez religiosas y políticas, expresan las *Locuras de Europa*. Las fórmulas en uso en el Congreso de Westfalia: «sistema de Estados europeos»,

las menores potencias... Más poderosas son las repúblicas con los príncipes por la buena correspondencia que por la fuerza».

⁵³*Empresa* 81: «Todas las potencias tienen fuerzas limitadas; la ambición infinitas; vicio común de la naturaleza humana, que cuanto más adquiere, más desea». En este punto, las citas podrían multiplicarse pero también debemos recordar aquí la *Empresa* 83, en la que parece ensalzar la guerra: «Así son las monarquías: en el contraste de las armas se mantienen más firmes y seguras. Vela entonces el cuidado, está vestida de acero la prevención, enciende la gloria los corazones, crece el valor con las ocasiones, la emulación se adelanta y la necesidad común une los ánimos y purga los malos humores de la república [...] Las potencias menores se pueden conservar sin la guerra pero no las mayores». Según J.M. Jover Zamora, los textos citados apuntan a la íntima contradicción saavedriana entre pacifismo y belicismo, cf. 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 406.

⁵⁴*Respuesta al manifiesto francés*, en J.M. JOVER ZAMORA, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 406.

⁵⁵G. SPINI, *Uno scritto sconosciuto di Saavedra Fajardo*, *Revista Hispania*, VIII, 1942, 440: «Los Estados nacen, crecen y mueren de la misma forma que los cuerpos humanos, y cuanto más grandes son, tanto más se debilitan por la distancia que separa sus miembros entre sí, como sucede a España, que por su misma grandeza estaría expuesta fácilmente a desmembrarse, si el mar no uniera sus diversas partes».

⁵⁶*Respuesta al manifiesto francés*, en J.M. JOVER ZAMORA, 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, o.c., 407.

«sistema político de Europa», asientan su sentido mecanicista, condición de equilibrio, sobre la conciencia de que la unidad hegemónica europea no logra integrar las condiciones históricas.

7. ESPAÑA COMO COMPENDIO DE EUROPA

Aunque España se presente como la primera monarquía nacional europea, no llegará a constituirse como nación moderna en el rigor de los términos. Cuando, fracasada la empresa europea de España, se vio reducida al cuerpo nacional como los demás países europeos, no sabría qué hacer con él, sintiéndolo a pesar de sus inmensas colonias, como muñón más que como cuerpo unitario. Retraída en su pobre soledad peninsular, vuelta a su antiguo aislamiento, Europa no dejará de estar presente en las íntimas preocupaciones hispanas. La imagen de Europa se cernerà siempre sobre la península ibérica, aunque vuelva sus espaldas a la nueva forma histórica europea.

Como señala L. Diez del Corral, la historia de España se encuentra sometida a un movimiento pendular de aislamiento y ecumenidad⁵⁷, desde sus más remotos orígenes: corrientes casticistas y europeístas, de exclusivismo y de comunicación, pasando del máximo apartamiento a la más estrecha implicación con Europa, como es evidente en nuestro pasado político, y en nuestros pensadores políticos.

España resulta, aunque parezca paradójico, «una Europa en miniatura», como afirma Madariaga⁵⁸. La península ibérica, como consecuencia de esa ley pendular de alejamiento e integración, reúne el mejor muestrario de estilos que puede encontrarse en Occidente. Todos los estilos de occidente han sido cultivados activamente en España. En cada uno de ellos le superará algún país por lo que respecta al desarrollo, al rigor técnico, pero, en cuanto a la suma de todos, al conjunto de los diversos estilos del arte europeo, ningún país aventajará a España⁵⁹. Cualquiera que sea el juicio que merezca a los historiadores del arte, desde el punto de vista que aquí nos interesa, es prueba de una decidida vocación de europeidad.

El español está lo suficientemente lejos y lo suficientemente cerca de Europa para tener una imagen clara y en relieve de su semblante. Desde más cerca se pecará de parcialidad, desde más lejos de abstracción. «La voz de la sangre y del espíritu le llaman a Europa, pero sin identificarse con ella, justamente por

⁵⁷ Cf. L. DIEZ DEL CORRAL, *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, Revista de occidente, Madrid 1954, 72.

⁵⁸ S. MADARIAGA, *Bosquejo de Europa*, Buenos Aires: Hermes, México 1951, 48.

⁵⁹ Cf. L. DIEZ DEL CORRAL, o.c., 89.

haberla servido en su etapa formativa, de lucha y contraste con el islam, y luego en la de expansión. Así, el español se encuentra situado tal vez no en el tronco mismo de la cultura occidental, pero sí en lo más hondo de sus raíces y en lo más soberbio de su fronda, y dispone así de la posibilidad de un conocimiento desde dentro y desde fuera, íntimo y despegado, emotivo y crítico, analítico y sintético de la historia y del destino de Europa»⁶⁰.

Como señaló en su día, Américo Castro, hoy es más actual que nunca la historia de España, «su virtud radica en el arte de vivir en la nada y no aniquilarse en ella, porque tras esa nada siempre alboreó la firme conciencia de seguir existiendo, como raíz viva de eternidad humana»⁶¹. Dicho en los términos del mito que propone L. Díez del Corral: «la vida histórica sobre el finisterre ibérico, la más vieja tierra culta del occidente- con su antigua taurofilia, y ella misma una piel de toro extendida y navegante entre los mares y los continentes-, ha ofrecido a lo largo de los siglos un indudable sesgo de raptó: por anulación o por superabundancia, por angustiosa sustracción o por plenitud. De ahí su ejemplaridad»⁶².

Saavedra no está de acuerdo con el nuevo concepto de Europa, «ese encarnizamiento de enemigos que luchan», como la define en *Locuras de Europa*, no está de acuerdo con ella pero la acepta, no como deseo o ideal, sino como realidad, una realidad que se impone con la fuerza de las cosas, y que, queramos o no queramos, nos vemos obligados a tener en cuenta. A Saavedra no le gusta demasiado el estilo de la Europa que nace, ni el afán de cada uno por realizar unos fines más egoístas que justos; pero ya no hay Cristiandad, tal como antaño se la teorizaba: hay Europa. Y es preciso aprender a vivir en Europa.

El diplomático español nos enseña la manera de armonizar, no solamente en la política sino en todos los aspectos de la vida humana, los dos polos de nuestro espíritu, el idealismo y el realismo. Acepta la realidad política con todas sus exigencias pero sin desconectarla de la moral para establecer de nuevo la armonía entre la razón y la fe. No se rechaza en absoluto lo antiguo, se admite como depósito valioso en sí e insustituible, pero se quiere hacer compatible con un mayor pragmatismo. Vio mejor que nadie los problemas de la política de su tiempo; lo que él llama los tres puntos principales de la paz, de la guerra, y de la justicia; los trató como nadie, y hay una relación directa entre su acción y su doctrina, y ninguna contradicción entre ambas, ni entre sus libros y sus despachos diplomáticos. Sirvió la causa de la paz y del orden; y a su patria hasta el límite de sus fuerzas. Español ejemplar, gran escritor, eximio pensador, diplomático ilustre.

⁶⁰ *Ib.*, 92.

⁶¹ CASTRO, A., *España en su historia*, (Buenos Aires 1948) 167.

⁶² L. DIEZ DEL CORRAL, *El raptó de Europa*, op. cit., 93.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDEA VAQUERO, Q., *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo*, 2 vols., CSIC, Madrid 1989-1991.
- _____, «Diego de Saavedra Fajardo», en ID., et al, *Diccionario de Historia eclesiástica de España*, t. IV, CSIC, Madrid 1975, 2125-2130.
- ARREDONDO, M.S., «Diálogo y política internacional en Locuras de Europa, de Saavedra Fajardo», en *Criticón*, 58, 1993, 9-16.
- AYALA, F., *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo*, Península, Barcelona 2001.
- BURCKHARDT, C.J., *Richelieu* (trad. italiana), Turín 1942².
- CASTRO, A., *España en su historia*, Buenos Aires 1948.
- CHARVERIANT, E., *Histoire de la Guerre de Trente Ans*, 2 vols., Paris 1878.
- CID VÁZQUEZ, M.T., *Tacitismo y razón de Estado en los comentarios políticos de J. A. de Lancina*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2002.
- _____, «El temor a Tácito en España: el documento anónimo Censura sobre los Anales e Historias de Tácito...», en *Cuadernos de Pensamiento*, número 15, Fundación Universitaria Española, Madrid 2002, 289-316.
- DÍAZ DÍAZ, G., «Diego de Saavedra Fajardo», en ID., *Hombres y documentos de la Filosofía española*, vol. 7, CSIC, Madrid 2003, 3-10.
- DIEZ DEL CORRAL, L., *El rapto Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, *Revista de occidente*, Madrid 1954.
- _____, *Obras completas*, 4 vols., Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 1998.
- FRAGA IRIBARNE, M., *Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 1998.
- JOVER ZAMORA, J.M., 1635: *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, CSIC, Madrid, 1949.
- MADARIAGA, S., *Bosquejo de Europa*, México 1951.
- MURILLO FERROL, F., *Saavedra Fajardo y la política del Barroco*, IEP, Madrid 1957.
- NEGRO PAVÓN, N., «Menéndez Pelayo y nosotros», en AA.VV., *Homenaje a don Marcelino Menéndez Pelayo*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid 2007, 653-665.
- PALACIO ATARD, V., *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del Siglo XVII*, Rialp, Madrid 1966
- PFANDL, L., *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII: introducción al estudio del siglo de oro*, Araluce, Barcelona 1942.
- _____, *Historia de la literatura nacional española en la edad de oro*, Gustavo Gili, Barcelona 1952².
- SAAVEDRA FAJARDO, D., *Obras completas*. (Recopilación, estudio preliminar y notas de A. GONZÁLEZ PALENCIA), Aguilar, Madrid 1946.
- _____, *Idea de un Príncipe Político-Cristiano representada en cien empresas*, Munich 1640; Milán 1642. Destacamos algunas de las ediciones modernas: B.A.E., T. 25, de V. GARCÍA DE DIEGO, 4 vols., Espasa-Calpe (Colección Clásicos castellanos), Madrid 1959; de Q. ALDEA VAQUERO, 2 vols., Editora Nacional, Madrid

- 1976; de M. FRAGA IRIBARNE, Anaya, Madrid 1972; de F.J. DÍEZ DE REVENGA, Planeta, Barcelona 1988; de S. LÓPEZ POZA, Cátedra, Madrid 1999.
- _____, *Razón de Estado del Rey Católico don Fernando*, en *Obras completas*, ed. de Á. GONZÁLEZ PALENCIA, Madrid, Aguilar, 1946.
- _____, *República Literaria* (c. 1612). Ed. moderna de B.A.E., T. 25, y de J. C. de TORRES, Madrid 1985.
- SÁNCHEZ AGESTA, L., *España al encuentro de Europa*, BAC, Madrid 1971.
- SCHUBART, W., *Europa y el alma de Oriente*, Studium de Cultura, Madrid 1946.
- SPINI, G. «Uno scritto sconosciuto di Saavedra Fajardo», *Revista Hispania*, VIII, 1942, 438-451.
- TORRES FONTES, J., «Las Locuras de Europa de Saavedra Fajardo», en *Murgetana*, 9, 1957, 41-67.
- WEIL, G., *El diario. Historia y función de la prensa periódica*, México 1941.